

SOBRE LA HISTORIA DEL EJERCITO POPULAR EN LA GUERRA DE ESPAÑA

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA

Coronel de Infantería
Del Servicio Histórico Militar

Cuatro tomos, con 4.070 páginas, son la aportación de Ramón Salas Larrazábal a la bibliografía de la guerra de España. Una aportación que, de entrada, merece el adjetivo de menendezpelayina, con todas las consecuencias. Lo cual sorprende más en esta hora de trabajo rentable y en equipo. Por mucho beneficio que produjese la obra a su autor, siempre sería poco para sus diez años de trabajo benedictino en los archivos del Servicio Histórico Militar, en los de Asuntos Exteriores, en los Servicios Documentales de Salamanca y en otros de menor entidad.

Esos cuatro tomos que Ramón Salas lanza como un reto a los historiadores de la guerra de España. La obra obliga a aplazar la suya a todos los que trabajan sobre el tema, para no proseguirla hasta después de revisar detenidamente las páginas de este historiador que, siendo el último, salta, de pronto, a la primera fila (1).

Ahora resulta que este coronel de Aviación, hermano de un as del aire, voluntario en la guerra del 36, burgalés por más señas, es quien escribe a los rojos la verdadera historia de su ejército, fiel, objetiva, documental por esencia y por aportación de datos. No deja de ser una historia de nuestra guerra vista desde el campo rojo, porque si bien predomina en la obra el aspecto orgánico, la mayor parte constituye un estudio de las campañas, siguiendo a cada una de ellas un análisis crítico muy ponderado y profesional.

No podía escribirse un libro así desde el exilio, ni podía hacerlo más que alguien como Salas, con criterio rigurosamente militar y con claridad de juicio suficiente para esa pretendida objetividad que es hoy tópico habitual al referirse a la guerra del 36. Es en Madrid y en Segovia donde están las veinte toneladas largas de documentos, y sólo con documentos se puede escribir una historia verídica

(1) RAMÓN SALAS LARRAZÁBAL: *El Ejército Popular de la República*. Editora Nacional. Madrid (1974), 4 tomos, 4.070 págs.

y amplia. Lo demás será crónica o reportaje histórico, cosas muy distintas a la historia. Por eso no es una paradoja que un combatiente de Franco sea quien les escriba su historia a los del Ejército Popular de la República.

Novedad hay en todo. No hay capítulo, ni campaña, ni incluso fotografía, que las tiene abundantes, sin una novedad rigurosa. Pero si quisiéramos descubrir una tesis o un fondo básico de este tratado, diríamos que está, primero, en la teoría de la nivelación y después del equilibrio. Ramón Salas, con pacientísimos datos y recuentos nos demuestra, por ejemplo, que con la ley de Azaña se produce un aumento de generales, jefes y oficiales. Sorprenderá a muchos, pero hay que leerlo para comprobar su veracidad. La guerra lo demostró. Esto es el antecedente de la nivelación. Metido en esa teoría, Salas nos demuestra que al empezar la guerra hay tantos o más militares profesionales en zona roja como en zona nacional, mucho más generales, desde luego. Que hay en zona roja más material de guerra de todo tipo, y aproximadamente iguales posibilidades en cuanto a aspectos secundarios.

Su teoría del equilibrio se basa en que la ayuda internacional es cuidadosamente equilibrada en ambos bandos. El miedo a una segunda guerra mundial ponía cautela en los envíos de hombres y material, lo mismo por parte de Italia y Alemania a Franco, que de Inglaterra, Francia, Rusia, Méjico y EE. UU. a Negrín. Con una diferencia, o con varias: que los modelos de aviones y carros eran siempre superiores en zona roja, es decir, de características más modernas, y que incluso los envíos «equilibrantes» se anticipaban en esa zona cuando se trataba de cubrir bajas, las numerosas bajas que hacían engrosar el parque nacional por capturas de armamento que desequilibraban la balanza en contra del enemigo.

Queda así deshecho el viejo tópico de que Franco venció por contar con el Ejército frente al pueblo, con la técnica frente a la improvisación, con la ayuda extranjera frente a la defensa de la independencia.

Su amplia nómina de mandos y personajes es completa, hasta donde humanamente se puede pedir. Ya nadie, ni mucho menos Tammes, podrá escribir de la guerra del 36 sin contar con estos cuatro tomos monumentales. Los dos últimos contienen toda esa nómina abrumadora, en más de 300 páginas de índice onomástico, con estupendas sorpresas de gentes que viven tranquilamente entre nosotros y algunos ocupan buenos puestos, habiendo mandado Brigadas Mixtas contra Franco. Está también Francisco Romero Marín («El Tanque»), detenido por ser uno de los actuales jefes del partido comunista en España, en varias páginas que el índice señala como hitos del esquema de su historial de guerra, hasta llegar a ser teniente coronel de milicias y jefe de División. Pero también hay abundantísimas y expresivas fotografías, inesperadas, excelentes y de primera mano, gra-

cias a la colaboración de Jesús Lozano, autor de *La 2.ª República Española* y primer investigador fotográfico de la guerra de España. Los apéndices documentales, reveladores, son también muy abundantes, hasta llenar más de las mil páginas del tercer tomo y parte del cuarto, pero sobre todo, tan bien seleccionados, que por sí solos constituyen una lección de historia.

La obra merecería un largo ensayo crítico, como merece el máximo galardón a la investigación histórica. Junto a esa réplica a los tres tópicos de las falsas razones de la victoria de Franco, inventadas y explotadas por el enemigo —y aceptadas por los papanatas de dentro y, sobre todo, de fuera, exiliados o extranjeros—, meticulosamente refutados por Salas, apuntemos al menos que aquí queda patente también la superioridad del Ejército Popular, sobre todo en organización: más perfecta, más completa, y anticipada siempre a la de los nacionales. Cosa lógica por la continuidad de los órganos centrales del Ejército, los Estados Mayores, los medios de mando y los recursos de todo tipo. El ministerio de la Guerra —de la Guerra lo llamó la República— seguía en Madrid, sin solución de continuidad entre el 18 y el 19 de julio, con sus órganos de movilización, con su personal técnico y especializado, mientras que en zona nacional había que improvisarlo todo, sin hombres, sin medios, sin dinero, sin recursos ni industria. Eso lo demuestra Salas con datos sobreabundantes, contundentes, agotadores. Entre Burgos y Salamanca no había más de cuatro o cinco jefes de Estado Mayor y otro par de ellos venidos de Marruecos. Faltaban por ejemplo hasta los mapas, de tal modo que los profesionales de Franco, los técnicos de la mal llamada «superioridad de medios» y «superioridad profesional» tenían que hacer —qué ironía— «la guerra michelin» sin apenas más planos que unas guías civiles de carreteras.

Será preciso hablar del análisis táctico y estratégico que Salas emprende en su obra. Sincera y valientemente, su juicio crítico de cada campaña resulta a veces adverso a la decisión operativa de los nacionales, diciendo que no se atuvieron a lo que debió ser su norma fija, lo que constituía su esencial ventaja: buscar siempre la maniobra y explotarla, evitando la batalla frontal o defensiva, la guerra de posiciones, como no se evitó en Brunete, ni en Teruel, ni en el Ebro, ni en Levante. Materia opinable, discutible y atrevida por parte del autor, cuando hoy se tienen en la mano todas las cartas, es decir, todos los documentos de archivo, mientras que entonces, cada bando sólo tenía una parcial y deficiente información sobre el enemigo. Esta crítica «a posteriori» —jugando al ajedrez uno solo con las negras y las blancas juntamente— corre el gran riesgo de caer en la estrategia de café, aunque Salas, inteligente técnico, ha tratado de evitarlo poniéndose en la situación de entonces, y no sé si lo ha logrado siempre, porque es fácil caer en la trampa de falta de perspectiva histórica, de simple perspectiva.

El autor se cura en salud sobre el que llama «complejo de Colón», porque teme haber pretendido descubrir demasiado y que mucho de ello fuesen mediterráneos y pólvoras descubiertas ya. Quizá suceda esto en algún caso concreto, pero ello no quita importancia a la obra, maciza de descubrimientos, en la que ha volcado una parte importante de los archivos de nuestra guerra, para hacerla riquísima en argumentos, donde sobran incluso las premisas y las proposiciones, puesto que los datos reunidos y armonizados convencen por sí solos. Para conseguir ver el bosque frondoso en que se había convertido la historia de nuestra guerra, Salas se ha tomado la enorme paciencia de recontar los árboles uno a uno, para luego ordenarlos y clasificarlos. Hasta ahora nadie lo había hecho, por pereza o por desconocimiento de que tal contabilidad fuese posible. Sólo así los árboles dejan ver el bosque, porque está contabilizado y parcelado en esquemas de visión.

Se apoya el autor en una frase de Raymond Aron: «Las guerras civiles son consecuencia de la subversión provocada por una minoría dinámica con suficiente audiencia en el país como para debilitar la voluntad de resistencia de las fuerzas establecidas en el poder.» Pero no reconoce como Aron que la guerra de España fuese una excepción, sino que para él es una confirmación de la regla. Ramón Salas nos dice que el origen de su voluminosa obra parte de aquella excepción que Aron veía al juzgar él que el desenlace estaba determinado «más aún que por la discordia en el campo republicano, por la superioridad material de Franco». La afirmación de Schwartz a propósito de la intervención extranjera de que «lo escrito sobre el tema es tanto y tan bueno que difícilmente se puede ser ya original al tratarlo», le llevó a cierto desdén por la bibliografía, para elegir el «trabajo minucioso, arduo y lento, propio del historiador encadenado a lo concreto», obligado por la necesidad de «huir del espejismo que creaba tanta pluma exquisita que había cubierto con la belleza de su prosa una notable indigencia de conocimientos». Así llegó a formular unos postulados iniciales que son el fruto de su investigación, convincentes en su desarrollo a través de tantas páginas. Lo que ellas demuestran es lo siguiente:

1.º *El 19 de julio el Gobierno se vio ante una guerra civil porque los sublevados contaban con suficiente audiencia como para quebrantar fuertemente su posición en el poder. En otro caso los rebeldes no hubieran tenido probabilidad alguna al fracasar el golpe de Estado.*

2.º *El Gobierno perdió porque su influencia en el país decayó continuamente a lo largo de la guerra, mientras crecía la de sus enemigos.*

3.º *El personal y los medios de guerra iniciales se repartieron con relativo equilibrio, como consecuencia de su igualdad de fuerzas. Las diferencias en la distribución confirman el hecho. El Gobierno tuvo la ventaja que suponía mantener los resortes del Poder.*

4.º *La supuesta superioridad material de Franco sólo se dio, muy tardía, a consecuencia de las derrotas de sus enemigos, especialmente en el norte y en Aragón.*

5.º *La ayuda militar «casi ilimitada» que se dice prestada por Alemania e Italia a Franco no igualó en cantidad a la que el frente Popular recibió de la Unión Soviética y otros mercados.*

6.º *La discordia en zona roja no tuvo influencia decisiva en la guerra. De haberla tenido demostraría la incapacidad de los dirigentes para encauzar la acción colectiva de sus masas y la falta de atractivo integrador de sus programas.*

Ramón Salas encuentra que después de treinta y cinco años de paz, los vencedores rara vez se han preguntado por las causas de que la inicial relación de fuerzas condujera a la derrota del ejército Popular. Tal problema no les afectaba. Habían ganado y eso era suficiente. Los vencidos, en cambio, agotaron el análisis de su fracaso y, muy a la española, sus conclusiones se dedican a excusarse a sí mismos y culpar a todos los demás, amigos y enemigos. En general se ha preferido explicar las razones de la derrota por la superioridad técnica y material de «los militares contra el pueblo» al empezar la guerra, y por las ayudas masivas de los ejércitos alemán e italiano, en hombres y material, a través de ella. En resumen, lo que Salas llama la falsa historia de una «permanente indigencia». Lo grande del caso es que, sin ser verdad las premisas, es cierta la conclusión y basta el botón de muestra de que con más de cien mil fusiles existentes en Madrid y sus guarniciones inmediatas, no hubo suficiente para dotar a unas columnas rojas que, en su conjunto, no sumaban diez mil hombres; los ciento cincuenta cañones de los regimientos y del Parque madrileño no bastaban para apoyarlas, ni el centenar largo de aviones para protegerlas. Pero esto se debía exclusivamente a la falta de capacidad para organizar y para mandar. Algunos hombres de la República roja eran inteligentes y activos, pero no consiguieron superar las trabas de un sistema torpe e incapaz, que les sumió a ellos y a su obra en la lamentable situación del indigente.

La tarea de Salas en este recuento árbol por árbol, que es decir hombre por hombre y arma por arma, nos sitúa ante paralelismos muy curiosos, aunque siempre prevalece la superioridad de los rojos. Por ejemplo: Sabido es que Mola prohibió disparar ni un fusil en los días 26 ó 27 de agosto del 36, pues sólo le quedaban 26.000 cartuchos; pues en Madrid fue el 27 de noviembre, tres meses después, cuando no quedaba un cartucho de fusil de 7 mm. Habían pasado ya los momentos críticos de la defensa de la capital contra las columnas de Mola por el norte y las de Franco por el sur, ambas paralizadas en sus intentos. Pero hay más. Salas nos ofrece el dato de que en Cartagena se producían ya por entonces 30.000 cartuchos diarios y se proyectaba llegar a 120.000 en fecha próxima. Y lo que confirma la idea: los rojos desmontaron la fábrica de armas de Toledo y no

enviaron la maquinaria a Cartagena para no cederla a una jurisdicción distinta de Madrid. Pero en Madrid quedó aquella maquinaria, sin instalar, cuando su capacidad de producción era de 400.000 cartuchos diarios y podía llegar a 800.000, como estaba previsto, en dos turnos de trabajo.

Ramón Salas lo recuenta todo. Se detiene con morosidad benedictina en las existencias anteriores al Alzamiento, para seguir su pista durante él y en los primeros meses de la guerra, hasta diciembre del 36. Encuentra nivelados los efectivos de ambos bandos en la Península, con alguna superioridad en el rojo, en generales sobre todo, pero también en jefes y oficiales, y así compara los que tenía Franco con los que tenía Miaja, en sus ejércitos enfrentados en Madrid. Y aun los jefes y oficiales de Estado Mayor, en número claramente superior, en el bando rojo.

Quedaba aparte el ejército de Marruecos, pero ese era el problema inicial de ambos ejércitos. Para los rojos resultaba sencillo evitar su desembarco. Para los nacionales era una incógnita su llegada y sólo al producirse ésta conseguían desnivelar un tanto la proporción. Eso en cuanto a los mandos y las tropas: La diferencia estaba sólo en la calidad. En cuanto a los medios, Salas recuenta los cañones según van saliendo al frente, las remesas interiores y extranjeras, con difíciles cálculos y con deducciones curiosísimas, como el encontrar que unas Brigadas estaban ya armadas contra lo que decía el general Rojo, por unos partes en los que reclamaban diez o treinta fusiles recibidos de menos en los Parques de entrega. Y haciéndonos ver que los guardias de asalto, por ejemplo, ponían en la balanza una buena dotación de ametralladoras, morteros y blindados.

Si se mira a las armas, ni la cantidad ni la calidad predominaron en el bando nacional durante mucho tiempo. Por lo menos hasta el final de la guerra del norte. Salas parte de aquí y llega muy lejos, al examen político y estratégico de la organización y las operaciones.

* * *

En cuanto se han leído unas páginas del libro de Ramón Salas, el crítico encuentra que una vez más el autor se encariña con el tema y se apasiona por sus personajes. No he tenido tiempo de confrontar sus impresiones sobre los gobernantes de la República Popular española: Largo Caballero, Prieto, Negrín, ni sobre los jefes más destacados que formaron en el Estado Mayor Central: Asensio Torrado, Casado y Vicente Rojo, por ejemplo.

Tengo a mano la semblanza de Rojo, cuya elección para jefe del Estado Mayor Central fue uno de los mayores aciertos del general Miaja. En síntesis lo pinta así: Uno de los más competentes militares de antes de la guerra, enérgico, firme en la adversidad y siempre dispuesto a volver a empezar; grandes dotes de organizador más que de conductor de tropas; pesimista en su obsesión por la seguri-

dad, quiere siempre mantener fuertes reservas, con las que cubre los flancos en cuanto empieza la acción, teme siempre, en todas partes, las posibles incidencias y reacciones enemigas. En todo momento, desconfía del cumplimiento de sus órdenes y de ahí surge la incertidumbre al dejar ambiguas las intenciones para las fases posteriores a la ruptura; prefiere organizar muchas fuerzas aunque no estén completas en dotaciones, acaso porque siempre espera recibir más material del extranjero. Uno se pregunta si estas características de mejor organizador que conductor de tropas no derivan de ser un militar ajedrecista, de gabinete, frente a los generales de campo que se le enfrentan.

En cuanto a Miaja, el autor nos lo presenta inteligente pero no genial, hábil para con las dificultades de enfrentarse a Largo Caballero, a la Junta de Madrid, al general Pozas, eludiendo su superioridad, a Kleber y Lukas, a los consejeros soviéticos y para sostener a Rojo. Pese a su formación militar anticuada; sabía estar a la altura de las circunstancias con un gran sentido común, clara intuición político-militar y talento para elegir colaboradores; ambicioso pero no envidioso, con serenidad y humor que le hacían popular. En Madrid mantuvo un espíritu elevado y decidida voluntad de victoria, pero fue una víctima de su éxito defensivo, al encadenarle el Gobierno al escenario madrileño; celoso de conservar la ciudad, avaro de medios defensivos, escatimó siempre apoyos al Ejército, reteniendo hombres y material.

En el aspecto político-militar, Ramón Salas pone de relieve los éxitos de Largo Caballero gracias a su paradójica actuación, sucesivamente contraria a sus pensamientos e incluso a su ideología, sabiendo aceptar la realidad que le imponía la guerra, por ejemplo en lo relativo a militarización y a supeditación de las milicias al Ejército. Valora a Prieto como el verdadero creador del mando único absoluto y del Ejército Popular, y en Negrín al hombre dispuesto a no perder, mientras que los anteriores aspiraban a vencer.

En el análisis de la situación inicial, encuentra que los problemas se reducían a evitar el paso de las tropas de Africa, puesto que los rojos podían contar con reprimir la sublevación en la Península dada la situación de equilibrio con la superioridad de mantener los resortes del poder. Apunta bien que las tres necesidades rojas eran el dominio del Estrecho, el aniquilamiento de la minúscula Escuadra Nacional y la destrucción de los aeródromos de Marruecos, y que ninguna de las tres fue suficientemente atendida. Tampoco atendieron a la posibilidad de desembarcos aéreos en la zona de Cádiz o Sevilla ni a cubrir la línea de penetración junto a la frontera de Portugal, incluso la zona fronteriza, limitándose a las vías tradicionales de invasión. Pero sobre todo destaca que durante mucho tiempo los rojos, igual que los nacionales, centraron su atención exclusivamente, obsesivamente, en Madrid y en Oviedo.

La sugestión de Oviedo absorbió fuerzas importantes cuya acción

hubiera podido ser decisiva en Madrid por lo que se refiere a los nacionales, y frente a Galicia en cuanto a los rojos. Pero es que antes de fin de julio estaba ya claro que Mola no podía llegar a Madrid y el Gobierno debió dejar ese frente como secundario. En cambio, en Asturias debieron confiar en que Oviedo cayese por sí solo y oponer a las tropas gallegas una barrera fuerte y permanente. Hicieron absolutamente lo contrario, y ante las columnas de socorro a Oviedo quisieron atender a las dos cosas: barrera frente a ellas y ataque a la capital.

Otro de los aspectos que constituyen por sí solo un eje de esta historia es el planteamiento de las dos únicas iniciativas estratégicas de los rojos, fracasadas ambas casi principalmente por sus implicaciones políticas, las cuales arrastraron consigo una falta de oportunidad y de organización. Me refiero a los planes de ataque en Brunete, por una parte, y en Extremadura, por otra. Ambos nacieron, casi simultáneos, a principios del año 1937. Concretamente el plan Miaja-Rojo de envolver a las fuerzas nacionales de Madrid, o mejor, de cortar sus vías logísticas, tuvo tres intentos antes de realizarse en Brunete: el primero anterior a la batalla del Jarama, el segundo en el tiempo medio de esta misma batalla y el tercero posterior a la de Guadalajara.

Frente a este plan se sostuvo el de Extremadura, idea de Largo Caballero-Alvarez Coque, a desarrollar por Jurado. La oposición comunista y de los asesores soviéticos dio al traste con él cuando ya se habían efectuado las concentraciones previas. Pero Vicente Rojo, tan opuesto al plan mientras no fue suyo, lo recogió después en el famoso «plan P», que no era sino variaciones sobre el mismo tema, pero con las dificultades que el tiempo y la inferioridad militar habían ido acumulando. Según Ramón Salas este plan fue el verdaderamente estratégico, mucho más que el de Brunete, y por torpezas y rivalidades internas nunca se llevó a cabo, pues el pequeño coletazo extremeño de última hora no se parecía nada a aquella proyectada ofensiva.

De las batallas planteadas por los rojos: Brunete, Teruel, El Ebro, sólo la primera tuvo verdadero planteamiento estratégico en sí; las demás, pese a la gran envergadura de la del Ebro, eran acciones locales para la conquista simple de unas capitales (Teruel, Zaragoza), y aunque realmente tenían una importante finalidad estratégica, ésta era de pura reacción ante los avances nacionales en otro teatro, y toda su estrategia consistía en atraer fuerzas a su terreno para desbaratar la ofensiva enemiga. Es decir que su estrategia no era positiva, de conquista, sino negativa, de neutralización. En cuanto a la batalla de Brunete, la de más ambiciosos objetivos, fracasó el primer día por falta de iniciativa, cuando todo era posible y había que profundizar sin descanso en el frente roto. Las causas del fracaso se las atribuye Salas primero a la desconfianza con que Rojo planteaba sus órdenes, pensando siempre en que los ejecutores no serían capaces

de estar a la altura del director, que era él; duda moral que, insensiblemente, se percibía en sus órdenes de operaciones, donde predominaba el concepto de seguridad sobre el espíritu ofensivo, y se ordenaba pararse en los objetivos propios mientras no se hubiesen alcanzado otros colaterales, y aún quedaban inconcretas las intenciones sobre las sucesivas líneas de objetivos. Este razonamiento analítico de Vicente Rojo como jefe de operaciones, lo aplica Salas al resto de sus iniciativas, puesto que sobre todas ellas pesan los mismos defectos de su mentalidad profesional.

He querido manifestar las coordinadas esenciales de una tesis, no sé si subyacente o manifiesta en el libro de Ramón Salas, y digo esto porque aunque estuviese manifiesta nunca resaltaría suficientemente dado el volumen de su obra. Pero eso no es el libro, con ser ya muy importante, muy nuevo y muy revelador. El libro son, cuantitativamente hablando, esos centenares de nombres de jefes que se sustituyen en el mando de las brigadas, por ejemplo, explicándonos en cada momento el motivo del relevo; esos cuadros de la organización en cada momento en que varía para una nueva batalla o un nuevo esquema orgánico; esas explicaciones de la intención y los planes de los presidentes y los ministros; esos cuadros completísimos, a veces comparativos, de personal y material; esas relaciones de mandos, de componentes de las Brigadas Internacionales, de bajas con sus nombres y apellidos. Todo sabe a nuevo en este libro; las fotografías, excelentes, inéditas, insospechadas muchas de ellas; los croquis, con novedad en la exacta localización e identificación de las fuerzas en el terreno. Por dar un síntoma, hasta esa revelación, que creo desconocida por todos, de que Juan Modesto Guilloto no se llamaba así, aunque firme así incluso sus memorias, sino que incorporó como primer apellido su mote de guerra «Modesto», cuando en realidad se llamaba Juan Guilloto León. Es sólo una muestra insignificante, pero muy expresiva de cómo ha trabajado Ramón Salas en la elaboración de su libro.

Conste una vez más que estamos ante una de las dos mejores obras de las 15.000 de la guerra del 36. Se confirmará. En cuanto a investigación e interpretación histórica, sin duda alguna. Obra definitiva, cabal, exacta, aplastante, científicamente histórica. La erudición, la documentación y la monstruosa memoria de Ramón Salas Larrazábal han producido ese fruto en diez años. Pero también triunfa su estilo y su lenguaje, claro, burgalés, expresivo y directo, con frases y metáforas agudísimas, populares, castizas, sabrosas; con elevación a veces filosófica y otras estratégica, con crítica política elevada y ecuánime. Sólo su prólogo vale por una tesis, por un pequeño tratado de interpretación de la guerra; es todo un ejemplo de sinceridad, de supervisión objetiva. Hay que descubrirse ante este monumento histórico.

Señores historiadores de la guerra de España, nacionales, extranjeros, exiliados: Atención. Ha aparecido la *Historia del Ejército Popular de la República* en cuatro grandes tomos. Ya podéis revisar

vuestras ediciones y contrastarlas con estos nuevos datos, con esta nueva visión. Alto la pluma. Antes de escribir una palabra más, estudiad bien esta obra, tomad vuestras notas. Luego decid lo que creáis que todavía es nuevo.

La obra honra no sólo a su autor, que merece un premio nacional de primera magnitud, y aun internacional me atrevería a decir, y aun de los exiliados en Hispanoamérica y de los «hispanistas» de Moscú, a quienes les ha escrito la historia que ellos no han sido capaces de escribir, sino que honra mucho también a la Editora Nacional que lo publica, porque no cabe duda que una misión primordial suya es ésta de publicar textos de difícil comercialización y dudosa rentabilidad. Con esos cuatro grandes tomos editados con lujo y con mimo visibles, Editora Nacional demuestra que tiene una razón de ser importante y amplia, desligada de cualquier cálculo financiero. Lo justifican suficientemente empeños como éste de dar a conocer al mundo la obra magna, catedralicia de Ramón Salas, que para los especialistas de la guerra de España y aun para los meros aficionados y curiosos, constituye un texto apetitoso hasta en lo literario, apasionante en sus revelaciones y descubrimientos; pero además, y sobre todo, un documento en sí mismo, una rectificación del concepto mundial sobre la guerra de España, partiendo de algo tan concreto y desconocido como la historia del Ejército Popular de la República.